

Santiago Francisco Peña

UNIPE-Conicet

# Una selección para el desierto argentino

## Divergencias y constantes de una tradición futbolística

**E**l éxito obtenido por la Selección Argentina en el Campeonato Mundial desarrollado en Qatar en 2022 significó uno de los episodios más brillantes de su historia. Las expectativas depositadas sobre el equipo y especialmente sobre su capitán y referente Lionel Messi eran tan altas que el triunfo fue recibido con alivio no solo en la Argentina sino también en el resto del mundo. Esta situación ha provocado que la historia del fútbol argentino se encuentre hoy en el centro de los análisis deportivos alrededor del mundo. Por esta razón, este artículo se propone un breve recorrido sobre cómo ha sido percibido nuestro fútbol desde el punto de vista técnico, táctico y estratégico. Además, intentaremos responder la pregunta respecto del porqué de la proverbial atracción que provoca el

actual seleccionado. ¿Acaso ha restablecido el consenso perdido hace largas décadas ya?

A lo largo de su historia centenaria, este deporte creado en las islas británicas adquirió identidades particulares a medida que era incorporado en distintas partes del mundo. Así se fueron conformando tradiciones particulares en Brasil, Italia, Alemania, Uruguay, para nombrar las más influyentes. La 'vía argentina' ha sido sintetizada en una serie de puntos tales como la asociación rápida en espacios cortos, la flexibilidad táctica al servicio de la inventiva y la improvisación individual y, en última instancia, un equipo gravitando en torno de sus jugadores más creativos, a quienes se les alienta a disponer de libertades posicionales y estratégicas.

Esta identidad pareció forjarse entre los años 20 y 40,

### ¿DE QUÉ SE TRATA?

La Selección Argentina de fútbol tiene una historia ligada al desarrollo de diversas corrientes, tradiciones y concepciones del deporte. La obtención de la Copa del Mundo en 2022 permite hacer un balance de aquel recorrido centenario.

cuando el fútbol maduraba y florecía en el Río de la Plata y el litoral, lo cual condujo a su profesionalización en la década de 1930. Surgían por esos años futbolistas que eran verdaderas estrellas, ciclo tal vez inaugurado por Bernabé Ferreyra, por quien se pagaban fortunas para verlo jugar y cuyo pase récord tuvo su correlato en éxitos deportivos y sociales inéditos. Las giras internacionales de clubes argentinos generaban en esas décadas sorpresa y admiración, con el consiguiente efecto imitativo tanto en Europa como en América. En contrapartida, las visitas de ilustres equipos extranjeros a la Argentina también dejaban un saldo favorable para los rioplatenses. El fútbol sudamericano era, en muchos aspectos, superior al que se practicaba en el Viejo Mundo.

Así, futbolistas y entrenadores eran buscados por clubes extranjeros para copiar el 'modelo argentino'. Los ejemplos tal vez más célebres sean los de Racing Club de Avellaneda y River Plate, quienes recibieron sendas denominaciones virtuosas tales como 'la Academia' y 'la Máquina', justamente debido a la belleza que transmitía su juego veloz y técnico, una vez liberado el talento individual de sus delanteros. Sin embargo, la fama no era exclusiva de aquellos clubes, sino que también se extendía a Independiente, Boca Juniors y San Lorenzo de Almagro. No es casual que por aquellos años cristalizara la idea de los 'cinco grandes'—que en ocasiones podía incluir a Huracán o a Vélez Sarsfield, quienes también llevaron a cabo giras exitosas—.

A modo de apología o de crítica, distintas visiones tienden a coincidir en que el fútbol argentino de aquellas décadas adolecía de trabajo táctico y que su secreto (o el azar, según se viera) era la dependencia en la iniciativa individual. Sin embargo, esta descripción es incompatible con las innovaciones inauguradas por los húngaros Emérico Hirschl y Franz Platko en los años 30 y 40 respectivamente (Hungría era por ese entonces una verdadera vanguardia futbolística) y pronto por el italiano Renato Cesarini y los rioplatenses Mario Fortunato, Guillermo Stábile, Carlos Peucelle y José María Minella, todos exjugadores que ya habían dado muestras de su creatividad



Gol de Guillermo Stábile en la final de la Copa del Mundo de la FIFA de 1930. Wikimedia Commons

táctica dentro del campo de juego. Como decíamos, los grandes equipos prosperaban gracias al análisis, la observación, el estudio y la innovación. El efecto disruptivo de Alfredo Distéfano y Enrique Omar Sívori en el Real Madrid y la Juventus respectivamente son solo un ejemplo de hasta qué punto era determinante la influencia de la 'vía argentina' en Europa.

Pareció reinar cierto consenso sobre el 'estilo argentino' hasta los años 60 o, más precisamente, hasta el fracaso de la selección estelar de Guillermo Stábile en el Mundial de Suecia en 1958, coronado con una goleada en contra 6 a 1 frente a Checoslovaquia. A pesar de los éxitos en la Copa América, donde sí mantenía una paridad (y hasta cierta superioridad) con la selecciones brasileña y uruguaya, el Mundial de 1958 evidenció un hiato de preparación física y táctica que hizo ganar lugar a aquellas voces que exigían modernizar el estilo criollo. Frente a esta crisis de identidad, que contrastaba con los éxitos brasileños (tricampeones mundiales entre 1958 y 1970), muchos clubes argentinos se propusieron la incorporación de jugadores del país vecino. En el caso de Boca Juniors, llegó incluso a contratar al entrenador campeón del Mundial 1958, Vicente Feola, quien había cambiado la fisonomía del fútbol brasileño apostando al equilibrio defensivo. Esto era parte de un proyecto más ambicioso que apuntaba a importar el tradicional *jogo bonito*, atrayendo a figuras que le dieron nuevos aires al fútbol local, como lo habían hecho los húngaros en la década de 1930.

Este proyecto, llamado 'fútbol espectáculo', tuvo resultados dispares y se vio opacado frente a la eficacia demostrada por entrenadores como Osvaldo Zubeldía, Helenio Herrera y Juan Carlos Lorenzo, quienes ganaron los máximos torneos nacionales e internacionales a nivel de clubes con Estudiantes de La Plata, Internazionale de Milán y Boca Juniors respectivamente. Los tres expresaban estilos de juego más apegados a la disciplina táctica, al orden defensivo, al esfuerzo físico y al 'ingenio', todo puesto al servicio de un triunfo que, muy a menudo, no hacía olvidar lo que para muchos eran deficiencias ofensivas (o hasta estéticas) del juego. Por otra parte, su gran innovación era también la adaptación en función del rival de turno, lo cual implicaba dedicar una inmensa energía en la observación, el análisis y el estudio de los equipos a enfrentar, inaugurando así una dimensión analítica que sería pronto identificada con una perspectiva más 'científica' y estadística del deporte. Tal fue la confusión de estilos por aquellos años que el encargado de dirigir a la selección nacional en los mundiales de Chile 1962 e Inglaterra 1966 fue Lorenzo, pero con interregnos de José María Minella y Renato Cesarini (exponentes del fútbol ofensivo tradicional de River Plate, más precisamente de la Máquina).

La década de 1960 estuvo marcada por estas contradicciones de estilos, por esta disputa respecto de cuál debía ser

la identidad genuina del fútbol criollo. Racing Club, Estudiantes de La Plata, San Lorenzo (con un técnico brasileño, Elba de Pádua Lima, conocido como Tim), Boca Juniors (con Distéfano de regreso de Europa) e Independiente dominaron aquella década mostrando formas de juego completamente divergentes. Sumado a la crisis de River Plate, cuyas frustraciones sucesivas durante esa década eran atribuidas a su estilo tradicional y a su falta de pragmatismo.

La disputa pareció inclinarse hacia un supuesto 'regreso a las fuentes' con el éxito de César Luis Menotti tanto con el Huracán campeón de 1973 como con la Selección Nacional en el título mundial de 1978, que significó para muchos la confirmación de que ese era, en definitiva, el 'estilo argentino'. La aparición destacada de Talleres de Córdoba en esos años, con buenos resultados y, sobre todo, con juego vistoso y ofensivo, llevaron a Roberto Saporitti a acompañar a Menotti. El nuevo cuerpo técnico pregona un juego basado en un entrenamiento casi exclusivo de las dimensiones técnicas y las libertades posicionales de los futbolistas, mientras expresaba cierto desdén hacia el énfasis táctico, la priorización defensiva, las jugadas 'de laboratorio' y el entrenamiento físico extremo característico de los equipos de Lorenzo o Zubeldía. También rechazaba el fútbol 'funcional' con el que el Racing Club de Juan José Pizzutti había salido campeón del mundo en 1967 y que tendría muchas similitudes con el 'fútbol total' desarrollado en los Países Bajos, que en 1974 aplastó a la Selección Argentina con un contundente 0-4 en el Mundial de Alemania. No parecía casual, a ojos de muchos defensores de Menotti, que la victoria en la final del Mundial 1978 implicara una victoria sobre los Países Bajos. El mundial juvenil de 1979, con la aparición estelar de Diego Armando Maradona, parecía confirmar ese rumbo.

Sin embargo, el incipiente 'menottismo' encontró rápidamente sus límites tanto en resultados como en juego. El balance tras la eliminación contundente en el Mundial de España 1982 hizo notar que el fútbol argentino seguía rezagado en ciertas dimensiones técnicas, tácticas y físicas que impedían hacer coincidir el talento y temperamento de los jugadores autóctonos y la sabiduría de formadores y entrenadores con el éxito concreto en las competencias internacionales. La divergencia seguía viva porque Juan Carlos Lorenzo podía jactarse de los títulos nacionales e internacionales obtenidos con San Lorenzo y Boca Juniors. Más allá de practicar un juego más ofensivo y creativo, River Plate e Independiente, los otros grandes ganadores de la década, parecían haber internalizado ciertas concepciones de la escuela taticista utilitaria.

El nombramiento de Carlos Salvador Bilardo como sucesor en el puesto era la prueba de que la crisis de identidad seguía vigente e irresuelta. Más aún cuando aquel discípulo de Zubeldía (incluso más extremo en sus métodos y en sus expresiones públicas que su maestro) obtuvo



Escena del partido entre la Argentina y la República Federal de Alemania en el Mundial 1966. Wikimedia Commons

un nuevo campeonato mundial en 1986. Mientras, a nivel clubes, Argentinos Juniors, River Plate y Ferro Carril Oeste obtenían éxitos con estilos distintos. En el caso del club de la Paternal, José Yúdica pregona un fútbol ofensivo y creativo, que llevó a Argentinos Juniors a obtener una Copa Libertadores y a disputar en 1985 una de las finales más vibrantes de la Copa Intercontinental contra la Juventus, campeón europeo. En el caso de River Plate, que finalmente se sobrepuso a sus tradicionales traspiés en el terreno internacional (incluidas dos finales de Libertadores en 1966 y 1976, bajo la dirección técnica de Héctor Veira, quien formó un equipo más caracterizado por su solidez defensiva que por su creatividad ofensiva. Su estilo, poco representativo de la historia de River Plate, parecía demostrar la eficacia del pragmatismo a ultranza.

Sin embargo, aquella década se vio mejor representada tal vez por el club de Caballito, que vivía por entonces sus días más gloriosos, consagrándose campeón de los campeonatos nacionales en 1982 y 1984, además de varios subcampeonatos. Bajo la dirección de Carlos Timoteo Griguol, viejo discípulo de Osvaldo Zubeldía durante sus inicios como jugador en Atlanta y que había obtenido dos campeonatos también con Rosario Central en 1973 y 1974, Ferro Carril Oeste parecía marcar el rumbo que estaba tomando el fútbol argentino, que gravitaba en torno del 'Laboratorio'. Griguol significó un antes y un después en esta historia, pues sus prácticas y concepciones alcanzaban hasta los últimos detalles de la infraestructura del club y de la vida personal y el comportamiento moral de los deportistas. Así, los equipos de Griguol se caracterizaron también por ser ricas canteras de juveniles, muchos de los cuales pronto serían protagonistas en la Selección Nacional. Sin embargo, similar al arco del menottismo, al éxito de Bilardo en 1986 le sucedieron magros resultados y un juego realmente pobre, exclusivamente dependiente de la disciplina defensiva y del talento de Maradona, por entonces el mejor jugador del mundo.



**Campeonato mundial 1978. Izquierda.** Mario Kempes festeja un gol durante el partido final entre la Argentina y Holanda. **Derecha.** El director técnico del seleccionado argentino, César Luis Menotti, junto al capitán del equipo, Alberto Passarella.

Para confirmar la confusión en torno a cuál era el camino por seguir, tras la renuncia de Bilardo fue contratado Alfio Basile, un entrenador identificado, en su etapa de jugador, con dos de los últimos grandes equipos argentinos, el Racing de Pizzuti y el Huracán de Menotti. Las prácticas de los ocho años de la era Bilardo fueron inmediatamente abandonadas, y el nuevo cuerpo técnico se propuso, una vez más, el tan mentado 'regreso a las fuentes'. Tras éxitos iniciales y la obtención de dos copas América en 1991 y 1993 (las últimas antes de 2021) mediante un juego ofensivo, antes y durante la Copa del Mundo de 1994 disputada en Estados Unidos, el combinado nacional recibió duros golpes, tales como el recordado 0-5 ante Colombia en Buenos Aires o las derrotas mundialistas frente a Bulgaria y Rumania, tras el dopaje positivo de Diego Maradona que puso fin a su recorrido en la Selección.

Como ya parecía ser una constante, el rumbo de la Selección no iba en consonancia con el presente de los clubes. A comienzos de la década de 1990, los más destacados serían Newell's Old Boys, Vélez Sarsfield y River Plate, dirigidos por Marcelo Bielsa, Carlos Bianchi y Daniel Passarella respectivamente. No es casual que dos de ellos fueran futuros entrenadores de la Selección y que Bianchi fuera candidato permanente. En el caso de Bielsa, su método provocaría una verdadera revolución a nivel táctico, estratégico, técnico y físico. Sin embargo, a diferencia tal vez de los mencionados Lorenzo, Zubeldía y Bilardo, su tacticismo era acompañado e impulsado por una vocación ofensiva permanente que requería convicciones poco pragmáticas. El caso de Bianchi parecía opuesto, pues su Vélez se caracterizaba por la disciplina defensiva y táctica, tal como rezaba la filosofía de

Victorio Spinetto, tradicional formador de juveniles del club de Liniers.

Tras la salida de Basile, el elegido fue Daniel Passarella, bicampeón del mundo como jugador y multicampeón en ambas funciones con River Plate. Alejado tanto de Menotti como de Bilardo, el estilo de juego de sus equipos intentaba combinar agresividad ofensiva con cierto tacticismo inspirado en la tradición italiana. Pero el estilo de Passarella destacaba, sobre todo, por el énfasis que ponía en la disciplina grupal y en la modernización del entrenamiento, de la alimentación y de la vida personal de los jugadores. Su trabajo en la Selección se caracterizó por un profundo recambio generacional y cierto pragmatismo táctico y estratégico.

Pero lo más destacado de la década de 1990 para el fútbol argentino fue más bien la revolución que estaba teniendo en sus divisiones juveniles. La llegada de José Pekerman en 1994 significó un giro absoluto, porque implicó una coordinación general con el objetivo de facilitar la identificación de los futuros profesionales con la Selección Nacional mediante la transmisión de ciertas ideas y estilos de juego. El resultado fue inmediato tanto a nivel títulos como a nivel de provisión de jugadores a la selección mayor. Los tres campeonatos mundiales sub-20 obtenidos en 1995, 1997 y 2001 se caracterizaron por un juego ofensivo y tácticamente sólido. Jugadores provenientes de clubes con tradiciones diferentes (muchos de ellos de las categorías de ascenso) parecían asimilar rápidamente una idea de juego que continuó en las divisiones juveniles, al menos hasta mediados de la década de 2000, cuando el propio Pekerman asumió la conducción de la Selección mayor.

La llegada de Pekerman debe ser entendida a través de dos procesos paralelos. Por un lado, como decíamos en el párrafo anterior, las divisiones juveniles, caracterizadas por un recambio veloz y permanente debido a los condicionamientos etarios, adoptaban igualmente una identidad de juego y, sobre todo, provocaban una profunda conexión afectiva con el público. Los éxitos, que se extendieron por más de una década, produjeron una inmensa expectativa, a la espera de que sucesivos recambios generacionales derivaran en éxitos de similar calibre en la Selección mayor. La parábola parecería cerrarse al ver en el actual cuerpo técnico a exjugadores campeones o símbolos de la era Pekerman, tales como Pablo Aimar, Walter Samuel o el propio Lionel Scaloni, quienes se reconocen como herederos y continuadores de aquel proceso.

Pero antes de describir el funcionamiento del último campeón del mundo es preciso volver a otra de las grandes revoluciones sucedidas en el fútbol argentino: el fútbol-sistema de Marcelo Bielsa. Tras una breve carrera como futbolista, muy joven comenzó su trayectoria como entrenador de su club, Newell's Old Boys de Rosario, el cual hasta entonces solo había obtenido un torneo nacional en 1974 y al cual Bielsa llevó a obtener otros tres en 1988, 1991 y 1992, además de dos finales de Copa Libertadores (en 1988 y 1992), una proeza nunca repetida por un club del interior. La concepción futbolística de

Bielsa produjo un fuerte impacto en el fútbol argentino, así como en el mexicano, donde dirigió por algunos años antes de regresar a la Argentina, más precisamente a Vélez Sarsfield. El club de Liniers venía de atravesar los años más brillantes de su historia, incluyendo varios campeonatos nacionales, una Copa Libertadores y una Copa Intercontinental, bajo la conducción de Carlos Bianchi, quien, como comentábamos, se mostraba heredero del orden defensivo y el énfasis en el entrenamiento físico característicos de Victorio Spinetto. La llegada de Bielsa implicó un cambio radical que con el pasar de los meses derivó en un equipo veloz y ofensivo que obtuvo catorce triunfos sobre diecinueve jugados y una sola derrota, consagrándose así campeón del campeonato Clausura 1998.

Fue tan impactante la *performance* de aquel equipo que Pekerman, luego de rechazar la oferta del cargo, sugirió el nombre de Bielsa para suceder a Daniel Passarella tras la Copa del Mundo de 1998. A pesar de que la Argentina había cumplido un rol destacado en aquel torneo, quedando eliminado a falta de pocos minutos en manos de una generación dorada de jugadores neerlandeses, el proceso de Passarella había sido demasiado resistido como para continuar.

La llegada de Bielsa fue vista como un cambio radical, tal vez el más radical en la historia del seleccionado. Al asumir, reconoció que aspiraba a practicar un fútbol por



El director técnico del seleccionado argentino, Carlos Salvador Bilardo, y Diego Armando Maradona durante el Mundial 1986.

encima de las dicotomías por las que había discurrido la Selección los últimos cuarenta años: 'Traté de conjugar la prioridad a la inspiración de Menotti y la prioridad a la funcionalidad de Bilardo'. Desde las primeras convocatorias y entrenamientos, Bielsa dejó en claro que aspiraba a reformar el fútbol argentino desde arriba. Jugadores jóvenes y consagrados debían adaptar su juego al sistema de Bielsa, que se caracterizaba por una exigencia de polifuncionalidad solidaria a cada jugador y una profunda vocación ofensiva y de posesión. A diferencia del fútbol total de Michels o Pizzutti, caracterizado por la fluidez en el intercambio de posiciones entre jugadores, este sistema se basaba más bien en una extrema y mecánica rigidez posicional y en la ocupación de espacios bajo nuevos criterios.

Las repercusiones inmediatas fueron divergentes. El nuevo modelo generó resistencia, sobre todo tras un comienzo modesto. Sin embargo, a medida que el equipo fue mostrando solidez y contundencia al punto de obtener una seguidilla de triunfos que le permitieron clasificar a la Copa del Mundo con holgura, una buena parte del público y del ambiente llegó a pensar que el experimento había funcionado y que la Argentina se encontraba en la vanguardia del fútbol. Estas expectativas se interrumpieron abruptamente en el Campeonato Mundial disputado en Corea y Japón en 2002, donde la Argentina quedó eliminada en fase de grupos contra todo pronóstico. La derrota con Inglaterra en la segunda fecha había mostrado a un equipo que parecía sin ideas ni resto físico ni mental para afrontar la competencia, lo cual contrastaba con la reputación que se había ganado durante los años anteriores.

La decepción fue tan profunda que la renovación del contrato de Bielsa solo agudizó las divergencias. Pekerman fue nombrado coordinador general, pero renunció al poco tiempo. Más allá de la renovación que se prometía exitosa y de la obtención de la medalla dorada en los Juegos Olímpicos disputados en Atenas en 2004, la oposición a su fútbol-sistema se mantuvo y Bielsa renunció abruptamente tras aquel torneo, en el que el equipo terminó invicto y sin goles en contra.

Las circunstancias no fueron traumáticas porque inmediatamente asumió quien parecía el candidato natural: José Pekerman. A pesar de que él mismo había sugerido y apoyado a Bielsa, su equipo tomó un cariz diferente, más similar al estilo llevado a cabo durante su ciclo en las selecciones juveniles. Más pragmático y flexible, Pekerman se apoyó en la base de jugadores a los cuales él mismo había formado. No obstante este horizonte, decidió no continuar tras la derrota por penales con Alemania en el mundial disputado en aquel país en 2006. El balance era, sin embargo, muy positivo: muchos jugadores de gran rendimiento en las divisiones juveniles se habían consolidado como referentes de la Selección mayor y todo indicaba que la sucesión generacional sería posi-

va tras la obtención de los mundiales juveniles sub-20 en 2005 y 2007, bajo la dirección técnica de Francisco Ferraro y Hugo Tocalli, donde se destacaron Lionel Messi y Sergio Agüero respectivamente, ambos llamados a integrar el nuevo panteón del fútbol.

La responsabilidad de conducir esa renovación fue depositada en un antiguo entrenador del seleccionado, quien por entonces estaba llevando a cabo un ciclo virtuoso en Boca Juniors, Alfio Basile. La elección de Basile sorprendió a propios y extraños porque no tenía, en principio, vinculación alguna con el proceso iniciado por Pekerman. Los dos años de trabajo de Basile se caracterizaron por un juego ofensivo, similar al practicado durante su primer ciclo, pero pronto se evidenció que los métodos de trabajo de su cuerpo técnico resultaban algo rezagados en la competencia internacional de más alto nivel y alejados de las corrientes que por entonces estaban transformando el fútbol europeo, donde se desempeñaba la gran mayoría de los convocados.

El ciclo de Basile terminó en 2008 tras una serie de malos resultados y de polémicas respecto del fútbol 'viejo' y el 'nuevo'. La respuesta de la dirigencia argentina frente a la inminencia de la Copa del Mundo y las urgencias de un equipo que no tenía garantizada su clasificación fue apostar al shock anímico que podría aportar Diego Armando Maradona, cuyas únicas experiencias como director técnico habían sido sus tumultuosos ciclos en Mandiyú de Corrientes y Racing Club a mediados de la década de 1990, durante su transitorio y forzado retiro de su actividad como futbolista.

Tal como se suponía, su nombramiento produjo un inmenso impacto en todo el mundo. Algunos triunfos iniciales parecieron justificar la apuesta, pero pronto empezó a notarse la falta de una idea general de juego y carencias básicas a nivel de entrenamiento físico y táctico. Por otra parte, ciertas características de la personalidad de Maradona y la dinámica de su entorno parecieron entorpecer la construcción de una idea de juego. El experimento terminó con una contundente derrota a manos de Alemania en los cuartos de final de la Copa Mundial disputada en Sudáfrica en 2010. Más allá de ciertos triunfos puntuales, el equipo mostraba momentos de parálisis táctica y desequilibrios defensivos graves como los que habían llevado a tal vez la peor derrota en la historia de la Selección Argentina en 2009, cuando Bolivia le propinó seis goles en un partido por eliminatorias en La Paz.

La sucesión de Maradona nuevamente mostró los sistemáticos cambios de rumbo que reinaban en el fútbol argentino. El elegido fue Alejandro Sabella, antiguo ayudante de Daniel Passarella en la Selección, y quien en 2009 había llevado a Estudiantes de La Plata a obtener su cuarta Copa Libertadores y a llevar a tiempo suplementario en la Copa Intercontinental a uno de los mejores

equipos de la historia, el Barcelona de Josep Guardiola, con Lionel Messi en plenitud y con la base de la selección española que un año más tarde se consagró campeona del mundo.

Sabella, identificado como jugador con el estilo de River Plate, pero como director técnico con Estudiantes de La Plata desarrolló un sistema de juego absolutamente divergente del de sus predecesores. Su objetivo era priorizar el orden táctico y defensivo, con un medio campo menos dinámico y un equipo más dependiente de la creatividad de sus delanteros. Así se llegó a la Copa del Mundo de 2014 sin mayores sobresaltos. Las expectativas de obtener ese torneo en tierras brasileñas y con Lionel Messi y Sergio Agüero en su esplendor estuvieron cerca de concretarse, pero una serie de infortunios en el partido final con Alemania dejaron a Sabella y a su ciclo sin títulos.

A pesar de la buena imagen del equipo, Sabella renunció y comenzó un nuevo ciclo de decisiones contradictorias que atentaron contra cualquier idea de juego que se hubiera intentado establecer en los cuatro años anteriores. En efecto, la llegada de Gerardo Martino significó otro cambio de dirección. Campeón y figura con el Newell's Old Boys de Marcelo Bielsa, Martino se reconoce como un heredero de este último, especialmente en lo que se refiere al juego posicional y al tipo de ocupación de espacios al que aspira. Sin embargo, su experiencia como entrenador en la selección de Paraguay había mostrado más pragmatismo que la de su maestro. De hecho, el combinado paraguayo bajo su dirección se caracterizaba por un sólido esquema defensivo, acompañado por contraataques veloces, a diferencia de la vocación ofensiva a ultranza de Bielsa.

La Selección de Martino, tal como se esperaba, desarrolló un juego basado en la solidez defensiva y en un juego posicional, pero careció de transiciones rápidas que abastecieran mejor a los delanteros. Este sistema engendró un juego que, aunque efectivo en los números, resultaba muy previsible. La falta de encanto del equipo no resistió las derrotas sucesivas en sendas finales de la Copa América 2015 y 2016, en ambos casos por penales y frente al mismo rival, Chile, quien fuera dirigido sucesivamente en aquel momento por dos entrenadores argentinos: Jorge Sampaoli y Juan Antonio Pizzi. Más allá de algunas buenas actuaciones y de ciertas goleadas contundentes en el transcurso de ambos torneos, la falta de respuestas futbolísticas y anímicas en ambos partidos finales hizo insostenible la posición de Martino, quien renunció apenas cumplidos dos años de su asunción.

Tres finales perdidas de manera consecutiva (que se sumaban a las derrotas en 2004, 2005 y 2007), más de dos décadas sin títulos, jugadores de elite —entre ellos el mejor del mundo— cuestionados, acefalía y divergencias entre la dirigencia. El propio Messi renunció transitoriamente al seleccionado tras la derrota de 2016. La situación



**Arriba.** Escena del partido entre la Argentina y Grecia en el Mundial 1994. **Centro.** Marcelo Bielsa dirigiendo durante el Mundial 2002. **Abajo.** José Pekerman y sus dirigidos durante la Copa Confederaciones 2005.

parecía haber entrado en una crisis sin salida, que no mejoró con la designación de Edgardo Bauza, quien llegaba respaldado por sus éxitos internacionales en Ecuador, en San Lorenzo de Almagro y en Brasil. Sin embargo, una vez más su estilo de juego, de escasa vocación ofensiva, contrastaba con el de sus predecesores y evidenciaba la ausencia de proyecto estratégico.

Esto último se hizo aún más transparente cuando Bauza fue despedido tras apenas una decena de partidos con el objetivo de contratar a Jorge Sampaoli, quien pregona un estilo identificado con Marcelo Bielsa. En efecto,



José Sabella junto a Lionel Messi al finalizar la final del Mundial 2014 que la selección Argentina perdió frente a Alemania.

la experiencia chilena de Sampaoli, donde fue campeón local e internacional a nivel de clubes y con la Selección Nacional, había sido vista en el país trasandino como un desenlace natural de la revolución que el propio Bielsa había inaugurado al asumir como entrenador entre 2007 y 2011. Contra las expectativas de la dirigencia, el ciclo de Sampaoli derivó en el peor fracaso de la Selección en una Copa del Mundo desde 2002, con el agravante de que su derrotero terminó en medio de internas, escándalos y la sensación de que, esta vez, no habría recambio generacional que pudiera revertir el horizonte.

El mundial de 2018 parecía cerrar un arco ingrato desde las ilusiones despertadas por Pekerman en 1995. Veinticinco años que solo prometían éxitos se habían convertido en una sucesión de frustraciones y desánimo. En esos años, la Argentina había consolidado su condición de potencia futbolística de primer orden, en tanto productora de talentos, proveyendo a los clubes más importantes del mundo de futbolistas excepcionales y entrenadores que transformaron el paisaje de muchos países, obteniendo éxitos absolutos en categorías juveniles y en la competencia olímpica (a las de 2004 siguió la de 2008), así como conquistando torneos internacionales a nivel de clubes, ratificando su supremacía estadística frente a los clubes brasileños y uruguayos. Sin embargo, la falta de resultados de la Selección a nivel mayor, la sensación de falta de un plan estratégico y, para coronar, el inminente retiro de Lionel Messi conducían a pensar que una era oscura se avecinaba.

Tras la salida de Sampaoli, parecía que el puesto de entrenador de la Selección ofrecía más para perder que para ganar. Como de costumbre, el elenco de candidatos era muy divergente en términos de estilo y filosofía de juego. Uno de ellos era Diego Simeone, figura histórica del seleccionado, quien tras sendos campeonatos obtenidos en Estudiantes de La Plata y River Plate, donde se caracterizó por un juego ofensivo y veloz, inspirado en la escuela de Bielsa, dirigía con éxito al Atlético de Madrid desde

2011 (y continúa), donde desarrollaba más bien una estrategia conservadora, anclada en el orden defensivo y las transiciones rápidas. Otro candidato era Marcelo Gallardo, quien había provocado una revolución en el fútbol argentino tras su llegada a River Plate en 2014, donde estableció un juego ofensivo, de presión y posesión, complementado con un pragmatismo respaldado en dispositivos tecnológicos que hacían más eficiente el análisis minucioso del rival y de las circunstancias particulares de cada juego. Por otra parte, Gallardo había puesto especial énfasis en que el club desarrollara un proyecto integral desde sus divisiones infantiles y juveniles, con el objeto de facilitar la transición generacional y consolidar la filosofía de juego. Uno de los pilares de esta formación era la presión alta constante y el pase ofensivo, especialmente en volantes y delanteros, quienes debían comprometerse con la recuperación de la pelota y evitar los pases laterales.

Tras búsquedas infructuosas y negociaciones sin rumbo, la situación de acefalía decantó en el interinato de Lionel Scaloni, quien había acompañado a Jorge Sampaoli como asistente durante sus brevísimas experiencias en el Sevilla Fútbol Club y en la Selección. Sin experiencia como entrenador principal aún, Scaloni mostró aptitudes para el cargo con el desempeño que mostró la Selección sub-20 bajo su dirección en el torneo anual de La Alcuía, el cual obtuvo de manera invicta. Esta circunstancia sugirió que Scaloni podía ser una pieza importante en el recambio. Su ayudante era Pablo Aimar, otro antiguo discípulo de José Pekerman, de quien rescataban la necesidad de imprimir una idea de juego uniforme desde las divisiones juveniles y de fortalecer la identificación de los jugadores con el equipo nacional.

El nuevo cuerpo técnico se completaría con otros exjugadores del seleccionado con escasa experiencia como entrenadores: Roberto Ayala, Walter Samuel y Diego Placente, estos dos últimos campeones juveniles junto a Scaloni y Aimar en 1997. Desde las primeras convocatorias, quedó claro que la renovación estaba en marcha. El mayor cambio se percibía en el medio campo, donde abundarían jugadores de creación devenidos en volantes mixtos, muchos de los cuales ya habían encaminado esa transición en el fútbol europeo. Dicho de otra manera, se intentaría explorar todas las variantes (contención, recuperación, equilibrio) que pudiera ofrecer el arquetípico 'número 10' sin sacrificar o ahogar sus potencialidades creativas. Parecía que la nueva idea apuntaba a acelerar la dinámica transicional en el medio campo con jugadores acostumbrados al pase entre líneas, a la posesión y a la flexibilidad posicional.

Esta propuesta parecía ya un reconocimiento de uno de los pilares de la 'vía argentina': la confianza depositada en la libertad creativa del jugador formado fuera de la estricta disciplina táctica. Especialmente Pablo Aimar, con palabras que parecen ser un eco de Renato Cesarini, Gui-



Lionel Messi levanta la Copa del Mundo junto al resto del equipo campeón luego de ganar la final del Mundial 2022 frente a Francia.

Ilermo Stábile o César Luis Menotti (quien forma parte de este proceso desde 2019 como una suerte de coordinador o asesor), suele enfatizar la importancia de esta dimensión, que depende en buena medida de garantizarle libertad a los niños durante sus primeros pasos en el deporte. Sin embargo, a este elemento Scaloni y su equipo agregarían un intenso trabajo de análisis que poco tendría que envidiar al Laboratorio de Osvaldo Zubeldía, Juan Carlos Lorenzo y Carlos Bilardo, amén de un pragmatismo defensivo no ajeno a la especulación con el resultado y con las necesidades y urgencias de los rivales.

El presente artículo ha intentado explorar las divergencias, pero también las constantes que han dado forma a la historia del seleccionado argentino. La pregunta planteada al inicio permanece abierta. Aún es temprano para anticipar pronósticos, sobre todo después del recorrido irremediamente fluctuante que nos ha traído hasta aquí, pero es probable que el desempeño del equipo en la última Copa del Mundo no solo confirmara el éxito del experimento, sino que también produjera un inédito consenso respecto de cuál es el mejor horizonte posible. **CH**

### LECTURAS SUGERIDAS

**FRYDENBERG J**, 2017, *Historia social del fútbol: del amateurismo a la profesionalización*, Siglo XXI, Buenos Aires.

**GOLBLATT D**, 2007, *The Ball is Round: A global history of football*, Penguin, Londres.

**PANZERI D**, 2013, *Dirigentes, decencia y wines*, ed. Matías Bauso, Sudamericana, Buenos Aires.

**WILSON J**, 2018, *Ángeles con caras sucias: la historia definitiva del fútbol argentino*, Roca, Buenos Aires.

**WILSON J**, 2010, *Inverting the Pyramid: The history of football tactics*, Orion, Londres.



### Santiago Francisco Peña

Doctor en historia, Université Paris-Sorbonne/UBA.

Profesor adjunto, UNIPE.

Investigador asistente, Conicet.

[santiago.pena@unipe.edu.ar](mailto:santiago.pena@unipe.edu.ar)